



Detalle de Prospect Cottage. Al jardín está dedicado el primero de los textos del libro de Teodor Cerić *Jardines en tiempos de guerra*, cuya "Coda" aquí se recoge.

Teodor Cerić: "Coda"  
*Jardines en tiempos de guerra*. Barcelona: Elba, 2018, pp. 103-107

# Jardín

Ahora me pide usted que escriba un artículo, además de los que ya he enviado a su revista, y que sea sobre mi jardín. Quiere que explique cómo nació, qué vegetales he plantado y cómo, dice usted, "está estructurado el espacio". Le gustaría saber si tiene un nombre, si se abre al paisaje o está cerrado sobre sí mismo, si es asilvestrado o geométrico, y otros detalles por el estilo. Por si fuera poco, está usted seguro de que lo habita un *genius loci*. Según usted, los jardines de los poetas siempre lo tienen.

Lamento tener que decepcionarle. No puedo escribir nada sobre mi jardín.

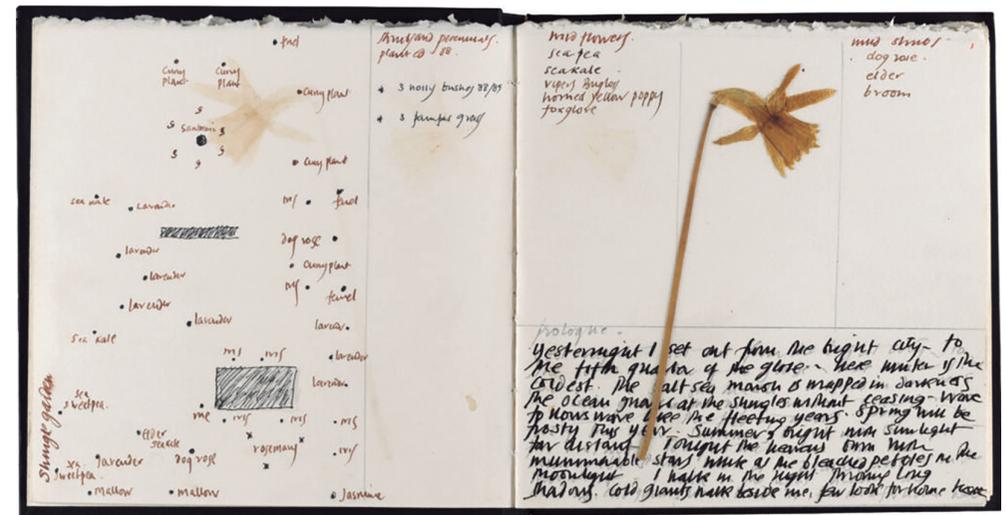
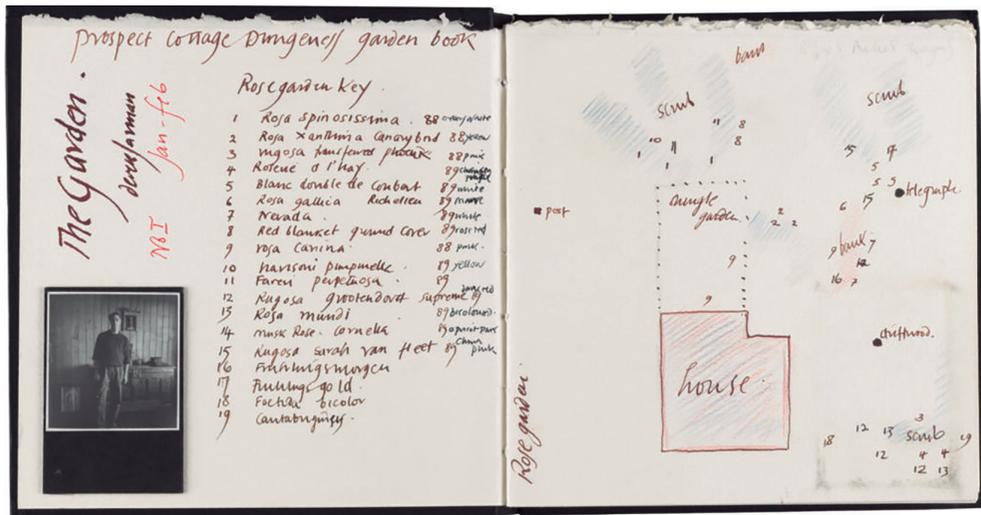
No sé qué es exactamente ese *genius loci* del que habla. Si se refiere a la musiquita que a veces me parece oír cuando suelto la pala, me siento al pie de un roble y cierro los ojos, ésa que en cuanto intento comprender lo que dice —un viejo reflejo de estudiante del que, a mi edad, aún no me he librado del todo— desaparece. Esa música no sólo es viento, como usted bien sabe. Es el canto de los pájaros y el ruido de los coches a lo lejos, es la lluvia que cae sobre las hojas de los árboles y las pausas de silencio en las tardes caniculares del verano. No son sólo las energías que trabajan en la naturaleza y se concentran en un jardín. Esa música está por todas partes y no se detiene nunca, aunque sólo la oigamos a ratos, es decir, en los pocos instantes de gracia que la vida nos depara.

Así que cuando suena yo me limito a escuchar. Porque no tenemos tiempo que perder, ¿verdad? Y estar aquí (ésa es la lección del jardín que yo, cabeza de chorlito, tengo que volver a aprender cada día) no es vano. El ave más insignificante lo sabe. La piedra más pequeña al borde del camino lo proclama, cuando el sol la ha recalentado o la agrieta el hielo. Ellos, que lo único que saben es estar presentes en la vida.

No, no hay tiempo que perder. Por eso evito cuanto puedo las infinitas distracciones que nos alejan de lo que es sencillo e inmediato. Y las palabras, cuando uno quiere componer con ellas poesía o, más aún, cuando se las utiliza para aprehender la realidad, como dirían los filósofos, son la peor de las distracciones. No tengo nada contra las palabras, créame, es sólo que nos encierran un poco más en nosotros mismos, cuando nos habían prometido hacer lo contrario. Nos separan del mundo, cuando es al mundo hacia donde tendemos los brazos. Las "presencias terrestres" de las que habla nuestra común amiga<sup>1</sup>, esos manantiales vivos, brotan constantemente en la naturaleza, exigen de nosotros una mirada amorosa, no piden ser mencionados y menos aún aprehendidos. Una palabra o dos, como máximo, como cuando los niños dicen "bonito" o "bueno".

Me indica usted que a pesar de lo que aquí le digo he escrito varios artículos para su revista, y es cierto. Pero sepa que lo lamento. Los escribí, creo, movido por la gratitud que aún siento hacia esos jardines que antaño, cuando me encontré solo, falto de referencias (aparte de los poetas a los que había amado, como estudiante, y el fardo de mis recuerdos), me hicieron en-

<sup>1</sup> Cerić se refiere a Claude Dourguin y su texto "Presences terrestres", escrito para la revista *Jardins* (nº 5, marzo de 2014).



Páginas del cuaderno de Derek Jarman sobre Prospect Cottage, su casa y jardín en Dungeness, Kent, Inglaterra.

trever la posibilidad de un lugar en esta tierra en el que podría sentirme en casa. Un espacio al que no hubieran llegado las guerras. En resumen, que escribir sobre ellos me parecía saldar una deuda.

A no ser que fuese una razón menos noble.

La ilusión más temible de la escritura es la que consiste en hacerte creer que puede abolir el espacio, y también el tiempo, volver a hacer presente lo que no está, o alcanzable lo que se ha perdido para siempre. Creo que cedí a esa tentación. Es cierto que mientras intentaba recrear aquellos jardines en la página me los volvía a encontrar tal como los había dejado, y volvía a andar por ellos con la misma alegría, como si yo siguiese siendo el cachorro vagabundo de aquellos lejanos años o como si esos sitios no hubieran envejecido. ¡Una ilusión, pero tan agradable! Sí, lamento esos artículos, pero no completamente.

Lo que puedo decirle sobre mi jardín es que no tiene nada de extraordinario, sobre todo para usted que está acostumbrado a los jardines de Francia, cuyo refinamiento conozco muy bien. Entre sus muros hay árboles, y hierba, que en este momento, al otro lado de la ventana de mi despacho, apenas se mueve al compás de la brisa del anochecer de verano, y flores, y sapos, que dentro de un momento se pondrán a croar al unísono, despertando en mi pecho una felicidad pero también un sentimiento extraño, como un malestar al que sigo sin acostumbrarme.

¿Qué más podría decirle?

Que es hijo de la nostalgia, es cierto, pero de una nostalgia exenta de pesadumbre y que no te encierra en el pasado. Al contrario, te liga al presente, como si fueses, no sé, un árbol, con las raíces bien hundidas en la oscuridad de la tierra y la copa expuesta a los cuatro vientos. Usted sin duda ya lo sabe: los jardines — todos los jardines, desde el parque de Versalles hasta

el huerto más pequeño de cualquier suburbio— nacen del amor más desesperado que existe, el amor por una vida que ya no hemos conocido pero que nos es familiar, querida como una madre, y que nunca cesa de llamarnos. Nacen de un deseo que, allí, entre las plantas, se alivia, ya no quema y se convierte en una promesa.

Y, como todos, mi jardín está de paso. Es la forma que el mundo adoptará durante algún tiempo, en este oscuro confín de Europa devastado por unos años de guerra. Desaparecerá, como todo lo que ha vivido y expresado, por un momento, el canto incesante de la tierra, alegre, a menudo doloroso —sí, esa música de la que le hablaba hace un momento y que prosigue, mientras yo escribo, al otro lado de la ventana abierta.

Desaparecerá, pero de momento aquí sigue. Me lo encuentro cada mañana, cuando salgo de casa al amanecer, y no hay día que no me detenga, asombrado por tanta belleza, surgida de las tinieblas, frente a mí y sólo para mis ojos. La miro estremecerse, como una bestia salvaje del bosque que milagrosamente hubiera consentido en dejarse domesticar. La imagino, agazapada en la oscuridad de la noche, esperando que me despierte. Una ilusión, quizás. O quizás no. Sea como sea, el único gesto del que soy capaz entonces es apagar el cigarrillo e ir rápidamente a buscar las herramientas de jardinería en el cobertizo.

Porque dado que mi jardín me es fiel, debo, a mi vez, serle fiel a él, y ayudarle a ser aún más hermoso, a manifestar el esplendor del mundo con más fuerza, con una voz aún más clara. Como si algún día dicha voz pudiera convertirse por fin en la mía.

¿No le parece que ésa es precisamente la promesa del jardín? ¿No es ésa la esperanza más secreta del hombre? Volver a la tierra, volver a formar un solo cuerpo, y hablar, por fin, su lengua. O mejor, ser su lengua: una nota entre las otras notas de esa música, sin principio ni fin.